

Excentricidad de la cultura hispanoamericana desde la perspectiva de Octavio Paz*

JUAN ZAPATA GACITUA**

Octavio Paz, en distintos momentos y textos, considera el problema del carácter excéntrico de la cultura hispanoamericana y de su desfase temporal respecto a Europa, sobre la base de su reflexión sobre la poesía, la literatura y el lenguaje, y teniendo como trasfondo una perspectiva histórica abarcante¹.

En el ensayo “¿Poesía latinoamericana?” plantea una serie de consideraciones histórico-literarias y siguiendo el método de la negación y la comparación. Así, en el inicio, piensa que es difícil plantear una literatura en términos del concepto de nación, pues ellas nominan realidades

* Investigación financiada por FONDECYT, Proyecto Postdoctorado 1993, N° 3930019. Este artículo corresponde al punto 2.1.: “Contexto cultural hispanoamericano: Perspectiva de Octavio Paz”, de un trabajo totalizador sobre la escritura de Enrique Lihn.

**JUAN ZAPATA GACITUA: Dr. en Literatura, poeta y crítico literario.

¹ Los textos de Paz que describimos, por orden cronológico de escritura o actualización pública, son los siguientes:

-“¿Poesía latinoamericana?” (1967). Paz, Octavio. *El signo y el garabato*. México: Joaquín Mortiz, 1983. 153-165.

-“¿Es moderna nuestra literatura?” (1975). Paz, Octavio. *In/mediaciones*. Barcelona: Seix Barral, 1981. 39-50.

“Alrededores de la literatura hispanoamericana”. (1976). Paz, Octavio. *In/mediaciones*. Barcelona: Seix Barral, 1981. 25-37.

-“La búsqueda del Presente”. (1990). *Inti* 32-33, (Otoño 1990-Primavera 1991), 3-12.

Describimos en forma independiente los textos anteriores; es decir, secuencialmente, conservando las repeticiones en la reflexión de Paz: en seguida, resumimos sus ideas en relación al carácter excéntrico de América e Hispanoamérica, sus percepciones en torno al lenguaje, a la poesía y a la literatura, que se derivan de ello y, por último, su visión de la Epoca ‘Moderna’/‘Postmoderna’.

heterogéneas; en seguida problematiza la frase que da título al artículo en su totalidad y a ambos conceptos por separado; en la medida en que después de dos mil años de reflexión en torno al término, no se sabe qué es la 'Poesía' y, asimismo, aún no se sabe qué significa 'Latino América'. De este modo, constata la imposibilidad de definir o describir a la poesía hispanoamericana. A continuación, planteada la realidad de la poesía como hecho de lenguaje, recuerda que en Latinoamérica se hablan varias lenguas: español, francés, portugués, lenguas indígenas, y éstas últimas son las únicas propiamente americanas. De esta forma, ejemplifica la complejidad lingüística y su manifestación literaria citando textos que tematizan el espacio americano, pero que están ligados a la tradición poética francesa moderna, lo que hace relativo el concepto 'poesía latinoamericana' y lo lleva a definir a 'América Latina' como "un concepto histórico, sociológico o político" y que "designa un conjunto de pueblos, no una literatura" (Paz, 1983, 154).

Al delimitar el tema de su exposición, establece una comparación entre la literatura brasileña y la hispanoamericana, y demuestra la incomunicación entre ellos aun cuando han experimentado una evolución simultánea y coincidente. De esta manera, focaliza su reflexión en una de las dos variantes de la poesía iberoamericana: la escrita en Castellano, lo cual lo conduce a plantear otra delimitación entre la poesía escrita en España y la escrita en Hispanoamérica. Así, vuelve a la problemática del lenguaje y muestra que el idioma Castellano ha seguido una evolución distinta en los dos espacios y con características propias, pues el Castellano fue trasplantado a América cuando era una lengua ya formada y en España coexistió con distintos dialectos, los que fueron sometidos pero que permanecen vigentes como expresión de una unidad política y territorial inestable; además, el Castellano de España es un lenguaje sustancialista vinculado estrechamente a la tierra y a las cosas. Por el contrario, en Hispanoamérica el Castellano se extendió sin oposición y presenta las características de ser más abierto a las influencias de otras lenguas; inglés, francés, italianismos, africanismos; y en oposición al de España, más que enfatizar una sustancia original, se extiende en el espacio. Ello conduce a una actitud distinta ante el lenguaje común: la de los españoles es confiada, mientras que la de los hispanoamericanos es crítica; por esto, en tanto que aquéllos no problematizan su lenguaje, éstos: "En el siglo XX, primero Darío y después Huidobro, decidieron que había que afrancesar al español -para americanizarlo" (Paz, 1983, 157), pues "El español es nuestro y no lo es, o más exactamente: el idioma es una de nuestras

incertidumbres” (Paz, 1983, 157). La relación distinta con el lenguaje revela una crítica diferente de la historia, la que en España se manifiesta como el regreso a una España original, verdadera; como en Larra, Unamuno, Machado, en cambio: “En Hispanoamérica no hay regreso porque como en Argentina y Chile, no hay más historia que la del triste siglo XIX o porque, como en Perú y México, la historia es ‘otra’: el mundo precolombino. La verdadera Argentina no está en el pasado ni es una esencia: es una invención diaria, algo que debemos hacer” (Paz, 1983, 157). Lo anterior se manifiesta en expresiones poéticas que expresan una sensibilidad distinta frente a la temporalidad, ya que en tanto los escritores españoles buscan un origen, un pasado, para los hispanoamericanos se plantea en relación al problema de la Modernidad y su expresión en poesía como cosmopolitismo y nostalgia del futuro. De este modo, ejemplifica con los textos de Huidobro, Borges, Neruda, Vallejo; cuatro nombres que señalan ciertas direcciones de la poesía hispanoamericana en cuanto encarnación de la Modernidad y su negación. Como síntesis para este problema, expresa que para estos cuatro poetas hispanoamericanos: “A la inversa de lo que afirma implícitamente la poesía de sus contemporáneos españoles, para ninguno de ellos hay una sustancia original ni un pasado que rescatar: hay el vacío, la orfandad, la tierra del principio no bautizada, la conversación de los espejos. Hay sobre todo la búsqueda del origen: la palabra como fundación” (Paz, 1983, 159).

Siguiendo con su descripción y de la misma manera que ha delimitado las características de la historia, el lenguaje y la literatura hispanoamericana frente a la brasileña y a la española, ahora plantea la diferencia de ella, en estos dominios, respecto a la realidad anglosajona y su lenguaje en América, en Estados Unidos.

Así, constata el trasfondo histórico distinto para Estados Unidos e Hispanoamérica, pues, mientras los angloamericanos plantearon su independencia de Inglaterra como separación y continuidad de los ideales de la Reforma y del pasado europeo, los países hispanoamericanos, con su independencia, negaron el pasado español y cambiaron su universalismo católico y monárquico por los ideales de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Después, el pasado religioso y político distinto de ambas realidades culturales se prolongó de forma diferente en la vida independiente; los angloamericanos asumieron plenamente su separación y se hicieron colectivamente responsables de su destino y de su historia; por el contrario, los hispanoamericanos conservaron en su vida independiente estructuras polí-

ticas y sociales coloniales, lo que derivó en una compleja problemática política, agravada por la fragmentación en distintos países y por las intervenciones imperialistas; lo anterior se materializa en sus respectivas literaturas: por una parte, Whitman y Lowell, sujetos de su historia, por otra parte, Vallejo y Neruda, objetos de ella y experimentada como catástrofe y castigo.

Al prolongar el paralelo entre la cultura angloamericana y la hispanoamericana, sobre la base de sus literaturas, Paz realiza una crítica de Whitman y Pound, pues, en su percepción, aparecen como la expresión, en el sentido y en la forma, de un cierto cosmopolitismo o universalismo que deviene en un “(norte) americanismo”; así, oponiendo el trabajo de Pound y el de Borges, sintetiza la problemática que los diferencia y la común de los escritores norteamericanos e hispanoamericanos: “Los poetas de los Estados Unidos están condenados al futuro, al progreso –a contarlo o a criticarlo, es lo mismo. Los hispanoamericanos estamos condenados a la búsqueda del origen o, también es lo mismo, a imaginarlo. Unos y otros nos parecemos, si en algo nos parecemos, en sentirnos mal en el presente. Somos los prófugos de todas las eternidades, sin excluir el tiempo circular de Confucio”. (Paz, 1983, 164).

En el apartado final de su trabajo, Paz postula el carácter complementario de poesía e historia y la necesidad de que el poeta mantenga una distancia crítica, en la medida en que la poesía en la historia es siempre la “otra voz”.

El segundo texto de Paz que revisamos prolonga y amplía las reflexiones anteriores, pues, nominado también con una pregunta: “¿Es moderna nuestra literatura?”, extiende el análisis más allá del ámbito de la poesía a la totalidad de la literatura hispanoamericana; además, en contraposición al método del ensayo anterior, en que se entrecruzan ideas históricas y literarias, aquí, desde el espacio de la literatura, el análisis se abre al contexto histórico, político y filosófico más amplio. Así, inicia su reflexión inscribiendo a la literatura latinoamericana en la literatura occidental; de este modo, define a esta última como un todo, como un tejido de relaciones de lenguas, escritores, estilos y textos, que se proyecta en el tiempo y en el espacio de acuerdo a una diacrónica de afinidad y contradicción, y en expansión. La expansión se ha traducido en la creación de tres grandes literaturas no europeas: las eslavas, la americana en lengua inglesa y las americanas en castellano, portugués y francés. Enseguida, establece un paralelo entre la literatura norteamericana, que se ha vuelto universal e imprescindible, y la literatura rusa que, por razones políticas, entró en un proceso de declina-

ción, persistiendo sólo bajo la forma de una literatura de valor moral y como testimonio del terror provocado por aquellas razones. También alude a la incomunicación entre las literaturas brasileña e hispanoamericana, a pesar de haber experimentado las mismas influencias. De esta forma, delimita el tema de su exposición: la literatura hispanoamericana.

De esta manera, señala que en su origen la literatura hispanoamericana es prolongación de la española y que en sus primeras manifestaciones no logra fundar una tradición, a pesar de que en sus textos se percibe la presencia de lo americano, como en Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz; esto, en los siglos XVI y XVII. Más tarde, en los siglos XVIII y XIX, la literatura hispanoamericana, con pocas excepciones, acompaña en su debilidad y su mediocridad a la española. Así, sólo a fines del siglo XIX nace la literatura hispanoamericana en su expresión poética y tributaria de la poesía simbolista francesa. Con posterioridad, en el siglo XX, aparecerán el cuento y la novela hispanoamericanos.

La existencia objetiva de la literatura hispanoamericana, con características propias y distinta a la española, permite constatar su valor en poesía y en prosa de ficción; pero también su debilidad en teatro y pensamiento crítico, literario, filosófico y moral; ello lo conduce a la pregunta que titula al ensayo: si la literatura hispanoamericana es realmente moderna, en la medida en que desde el siglo XVIII la crítica es uno de los elementos constitutivos de la literatura moderna. Extendiéndose en la reflexión, demuestra en Hispanoamérica la existencia de una "literatura crítica", objetivada en una crítica política (Azuela); metafísica, de las nociones de tiempo, espacio, identidad de la conciencia (Borges); moral, como descripción y análisis de la identidad humana (Vargas Llosa); esta literatura realiza finalmente una crítica de la realidad a través de la imaginación:

"En los tres escritores de la crítica están indisolublemente ligada a las invenciones y ficciones de la imaginación; a su vez, la imaginación se vuelve crítica de la realidad. Paisajes sociales, metafísicos, morales: en cada uno de ellos la realidad ha sufrido la doble operación de la invención verbal y de la crítica. La literatura hispanoamericana no es solamente la expresión de nuestra realidad ni la invención de otra realidad: también es una pregunta sobre la realidad de esas realidades". (Paz, 1981, 43).

Más adelante, y en una importante observación para nuestra investigación, puntualiza que la presencia de la crítica en la literatura hispanoamericana relaciona a ésta con la literatura occidental y, de esta forma, constituye una prueba de la pertenencia de Hispanoamérica a Occidente:

“Esta es una prueba más –si es que es necesario probar algo por sí mismo evidente– de nuestra filiación: por la historia, la lengua y la cultura pertenecemos a Occidente, no a ese nebuloso Tercer Mundo de que hablan nuestros demagogos. Somos un extremo de Occidente -un extremo excéntrico, pobre y disonante” (Paz, 1981, 43).

Agrega que la crítica es la que establece el límite entre la literatura moderna y la del pasado, lo que en los textos específicos se presenta bajo la forma de una zona de indeterminación, de relativismo, una zona nula, ello provocada por la crítica ante las certidumbres divinas. Así, verificada la presencia de este rasgo en la literatura hispanoamericana, se hace evidente su carácter de literatura moderna. Sin embargo, esto se hace más difícil cuando se trata de buscar en la cultura hispanoamericana una crítica literaria, política y moral. Por esto, aun cuando ha habido crítica literaria, no ha habido movimientos intelectuales originales, como en Francia, Inglaterra o Estados Unidos, debido a la ausencia en la lengua y en la cultura hispana de un verdadero pensamiento crítico, lo que convierte a Hispanoamérica en un espacio excéntrico respecto a Occidente. Sitúa, de esta manera, el inicio de la excentricidad o separación hispanoamericana en los comienzos de la modernidad –siglos XVII- XVIII–, y señala como causas más específicas la ausencia de una Ilustración, de una Filosofía Crítica, de la Revolución Burguesa y de un Romanticismo verdadero; es decir, surgido como reacción contra la Crítica y la Tiranía de la Razón.

La excentricidad hispanoamericana se tradujo en una evolución negativa en relación a la Modernidad Occidental: contra ella o siguiendo sus modas; como en el Modernismo donde, no obstante, se produjeron obras excepcionales en la literatura; esto, en contraposición a los resultados negativos en los dominios sociales, políticos y morales.

Profundizando en la búsqueda de los orígenes del problema, se plantea críticamente respecto al juicio de los historiadores que sitúan al punto de partida de la Modernidad Hispanoamericana en la Revolución de la Independencia de sus países, pues considera que ella tuvo un carácter plural

y distinto en los diferentes países. Agrega que los modelos de los hispanoamericanos fueron la Revolución de Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa; pero la Independencia de Hispanoamérica fue diferente a los movimientos anteriores, pues en el caso de Estados Unidos su independencia fue una separación que prolongó y realizó en ideas políticas y sociales los ideales de la Reforma; en tanto que en Hispanoamérica hubo una negación de España y el consiguiente reemplazo de su régimen monárquico, absolutista y católico, por uno democrático y liberal. También respecto a la Revolución Francesa la situación de la Independencia Hispanoamericana fue distinta, ya que tanto en Francia como en Estados Unidos los hombres que luchaban por las ideas modernas eran hombres modernos, mientras en Hispanoamérica estas ideas eran máscaras que ocultaban los intereses del antiguo poder colonial objetivado en una falsa modernidad hispanoamericana, lo que se expresó, primero, en un falso liberalismo y después, en los siglos XIX y XX, en el positivismo y el marxismoleninismo.

No obstante, considera que el fracaso de las ideas que fundamentan a la Modernidad Occidental en Hispanoamérica, no implica un fracaso de los pueblos hispanoamericanos y fundamenta su hipótesis buscando una explicación en el origen distinto y posterior evolución de la cultura norteamericana y de la hispanoamericana, ampliando las ideas anteriores. Así, señala, que en tanto que Hispanoamérica nació junto con la decadencia de España y fue solidaria de ella, Estados Unidos reactivó el ocaso de Inglaterra y materializó sus ideas, convirtiéndose, a su vez, en Imperio. Hacia el final del ensayo, establece un paralelo entre Hispanoamérica y Rusia; plantea que son semejantes, pues ambas culturas no tuvieron Ilustración; pero también son diferentes, ya que, después de la Revolución Rusa no hubo fragmentación, como en Hispanoamérica, sino continuidad de un orden autoritario e imperial; es decir, el comunismo como prolongación del zarismo. Finalmente, realiza una crítica a los intelectuales hispanoamericanos por su excesiva ideologización y acercamiento al Poder y plantea la necesidad de mantener la crítica en todos los planos: literario, moral, filosófico y político, para hacerse Hispanoamérica moderna, se deduce.

En el tercer ensayo de Paz que describimos: "Alrededores de la literatura hispanoamericana", el título no es una interrogación, como en los dos textos anteriores; sin embargo, la presencia de la palabra "alrededores" connota un acercamiento indirecto al objeto, al tema: la literatura hispanoamericana; es

decir, persiste una dificultad para enfrentar el referente. También, como en los trabajos anteriores, las consideraciones históricas, literarias y lingüísticas se reiteran, enfatizando en el inicio los aspectos lingüísticos para extenderse hacia el final en los históricos y reiterando en el desarrollo las reflexiones sobre la literatura en general y respecto a la hispanoamericana. De este modo, empieza señalando el carácter difuso del tema, los textos literarios escritos en Castellano, en América. Enseguida, problematiza la frase “literatura hispanoamericana”, y la palabra “hispanoamericana”, poniéndola en relación con otros que se han utilizado: latinoamericana, iberoamericana, indoamericana; en un recorrido por las distintas acepciones para acceder a la delimitación realizada en los ensayos anteriores entre “literatura latinoamericana” escrita en castellano, francés y portugués, y la “literatura hispanoamericana” escrita en castellano. Una definición histórica y lingüística, pero que enfatiza el carácter de objeto verbal de la literatura y de la realidad de ésta como una instancia trascendente a las nociones de nación, estado, raza, clase y pueblo. A continuación, se refiere al origen y evolución de la literatura hispanoamericana; originada en la literatura española, percibe la inquietud de una diferenciación hispanoamericana respecto a España, en el contexto de la literatura, en algunos textos románticos (*Martín Fierro* de José Hernández, por ejemplo), y la consolidación de esta inquietud en los modernistas, como conciencia de separación y manifestada en la búsqueda de una tradición universal, deseo común a los poetas norteamericanos y originado en el simbolismo francés; llega, así, a constatar la existencia de dos literaturas en el idioma castellano: la española y la hispanoamericana. Plantea como especificidad para las literaturas americanas el hecho de comenzar por el fin; es decir, de empezar cuando las respectivas lenguas a las que pertenecen habían llegado a su madurez, por lo cual sus clásicos: Whitman, Machado de Asís, Darío, son los primitivos de una tradición: Spencer, Camoens, Garcilaso; postulando, de esta forma, para las lenguas provenientes de Europa, la percepción de una lengua desterrada a una trasplantada. Más adelante, se refiere al proceso de la toma de conciencia de separación en algunos escritores del siglo XVII –Ruiz de Alarcón, Sor Juana– que, más tarde, se tradujo en la búsqueda de un fundamento filosófico más allá de la cultura hispana y que se materializó en los modelos de la Revolución de la Independencia de los Estados Unidos y de la Revolución Francesa. Así, se extiende sobre el paralelo entre la evolución distinta experimentada por la Independencia norteamericana y a la hispano-

americana: mientras los norteamericanos crearon un solo e inmenso país, los hispanoamericanos se separaron de España y de sí mismos; este proceso se manifestó en las ideas y, en tanto que los primeros asumieron un compromiso colectivo, los segundos usaron las ideas como máscaras, proyectando las ideas separatistas, en políticas, a la literatura. Constata, así, la dificultad para sostener las ideas de las literaturas nacionales, debido a que la literatura es un todo interrelacionado; rasgo que también presenta la literatura hispanoamericana, en oposición a la fragmentación que se percibe en otros niveles.

Mediante otra interrogación, indaga sobre los criterios que permitirían diferenciar a la literatura hispanoamericana de la española y señala que los escritores hispanoamericanos han efectuado un cambio en el Castellano y que la literatura hispanoamericana consiste precisamente en ese cambio realizado en la lengua; de esta forma, se detiene en la descripción metafórica que se ha hecho de la relación crítica de los escritores hispanoamericanos con la lengua; según él, manifestaciones lingüísticas de obsesiones históricas, eróticas y políticas. Relativiza esas descripciones recordando que los escritores hispanoamericanos y los españoles comparten la misma lengua y, por lo tanto, una misma tradición literaria; sin embargo, ante un lenguaje común, hay un resultado distinto, una expresión cultural distinta, una literatura distinta:

“Los clásicos de la literatura castellana no son propiedad de los españoles peninsulares; son de todos los que hablamos el idioma, son nuestros. Por supuesto, no basta con hablar la lengua; la cultura no es una herencia sino una elección, una fidelidad y una disciplina. Rigor y pasión. No, las palabras que usamos los escritores hispanoamericanos –salvo los localismos y las singularidades del estilo de cada uno– no son distintas a las que usan los españoles; lo distinto es el resultado: la literatura”. (Paz, 1981, 32).

No obstante lo anterior, nuevamente problematiza la existencia de un lenguaje literario hispanoamericano distinto al de los españoles, y según los criterios de las influencias literarias, los parecidos involuntarios y las diferencias irreductibles. Considera que, desde los dos primeros criterios, no es posible plantear una diferencia; pero, en relación a las diferencias irreductibles, vuelve sobre el carácter cosmopolita y abierto hacia el exterior de la literatura hispanoamericana.

Ahora, sin embargo, restringe la amplitud de esta característica desde la totalidad de la literatura hispanoamericana a excepciones y singularidades; en otras palabras, presente en algunos escritores, así como en otros se enfatiza el americanismo; esto le permite referirse al paralelo con la literatura norteamericana, donde se encuentran escritores de ambas tendencias; así, frente a Eliot y Huidobro están William Carlos Williams y Vallejo. Subraya, en este punto, la importancia en literatura de las singularidades y excepciones por sobre las ideas generales y las globalidades.

Al persistir su duda sobre la existencia de una literatura hispanoamericana distinta a la española, que permanece contradictoriamente en reflexión, se refiere al carácter contradictorio de la literatura y al escritor como investigador y descubridor de potencialidades que ya están en la misma lengua; de este modo, indica que los escritores hispanoamericanos han cambiado al castellano con un trabajo experimental sobre él; por esto, al resumir sus ideas, reafirma la existencia de la literatura hispanoamericana, pero, en un castellano distinto al de los españoles; agrega que esta es la literatura occidental más nueva, nacida en el siglo XX, después de la rusa y la norteamericana, en el siglo XIX. Se define también a la carencia mayor de Hispanoamérica: un pensamiento crítico, por la ausencia de la Ilustración y que se traduce en una Modernidad incompleta, carencia que comparte con España y Portugal.

“Nuestros países no tuvieron siglo XVIII y nuestra modernidad es incompleta. Pero estas insuficiencias no nos convierten en ciudadanos de ese Tercer Mundo inventado por los economistas y que ahora es la campanita que hacen sonar los demagogos para atraer a la borregada. La campanita es el señuelo del esquilismo y el matadero. No, nosotros escribimos en castellano una lengua latina; somos un extremo de Occidente. Un continente pobre y ensangrentado, una civilización excéntrica y de frontera. ¿Por qué no agregar que esa desolación se elimina a veces con luces vivaces y extrañas?: pobreza, violencia, opresión, intolerancia, pueblos anárquicos, tiranos de todos los colores y el reino de la mentira a la derecha y a la izquierda. También imaginación, sensibilidad, finura, sensualidad, alegría, cierto estoicismo ante la muerte y la vida, genio. López Velarde definió a México como un país “castellano y morisco, rayado de azteca”. La fórmula no es enteramente aplicable a Venezuela o a Chile pero el elemento central es común a todos los países hispanoamericanos: la lengua y todo lo que

ella significa. Las naciones americanas, cualesquiera que sean sus lenguas, son el resultado de la expansión de Occidente. Todos hablamos lenguas trasplantadas”. (Paz, 1981, 36).

Por último, se interroga sobre la imposibilidad o innecesidad de definir el carácter de la literatura hispanoamericana, debido a su diversidad y porque sus características aparecen en todas las literaturas, ya que la literatura es un todo, un conjunto de relaciones y la literatura hispanoamericana, como parte de ella también; así, como tarea de la crítica y deseo personal, plantea la necesidad de explorar las relaciones en la literatura hispanoamericana y la existencia de una historia de esas relaciones.

El último texto de Paz que resumimos, “La búsqueda del presente”, es la conferencia dada en la recepción del Premio Nobel, en 1990. En este ensayo reitera ideas expuestas en los precedentes; pero, básicamente, sus observaciones trascienden los límites de la poesía, la literatura y la cultura hispanoamericana para abrirse a una problemática de época universal, lo que inscribe su pensamiento más claramente en la reflexión sobre la ‘Modernidad’ / ‘Postmodernidad’ –como lo adelantamos en la fundamentación teórica de nuestra investigación–, aunque desde un punto de vista particular.

De este modo, después de los agradecimientos y de situarse en el lugar físico y abstracto donde actualiza su discurso, se refiere al carácter trascendente de las lenguas respecto a las entidades políticas e históricas naciones. Ejemplifica con las lenguas europeas trasplantadas a América, que han originado literaturas que han sido reflejo, negación y réplica de las europeas, transformando, así, las lenguas originales. Por esto, expresa que él, como escritor hispanoamericano, mantiene una relación con la lengua castellana y con los clásicos de su literatura; esto lo lleva a interrogarse por la identidad escindida de los habitantes de América, quiénes son y no son europeos; incertidumbre persistente y que tiene como respuesta textos concretos escritos en América. A continuación, se refiere al nacimiento en el siglo XX de las literaturas en América, a su rasgo común: la polémica en ellas entre cosmopolitismo y nativismo, europeísmo y americanismo. Respecto a las diferencias, señala que una es histórica: la literatura angloamericana se desarrolla junto con el ascenso como potencia de los Estados Unidos y la latinoamericana es acompañada por sus problemas políticos y sociales; además, agrega que las otras diferencias son literarias, pero en las obras

particulares y no en general, reafirmando, así, la percepción de la literatura como un todo interrelacionado en afinidades y oposiciones. Plantea como diferencia primera y básica el origen distinto de ambas: Inglaterra y España, territorios excéntricos por exclusión e inclusión y con trasfondos geográficos, históricos y culturales distintos; puntualiza aquí la excentricidad de España como producto de la coexistencia de ella de diferentes civilizaciones y pasados, fenómeno que se reproduce y multiplica en América, sobre todo en los países con civilizaciones precolombinas desarrolladas como Perú y México; pasado que, según él, persiste en México. En seguida, retorna el tema de la relación antigua de los americanos respecto a la tradición europea y a la conciencia de separación de los hispanoamericanos, la que se manifiesta como problemática del hombre en general, pero que éstas se presentan en términos históricos y como conciencia de su historia. Para indagar en el origen y toma de conciencia del sentimiento de separación y ante la alternativa de la teorización o de un testimonio personal, opta por éste último.

De esta manera, narra su propia toma de conciencia, desde la infancia y percibiéndola como una coexistencia de tiempos y espacios, como presente total, recordando experiencias que produjeron el paso progresivo desde el tiempo ficticio de la infancia al tiempo del presente real de la adultez; expulsión del presente que se manifiesta en su posterior búsqueda del presente total y de la realidad real, que para los hispanoamericanos era el presente real de los norteamericanos y de los europeos, estableciéndose, así, para él, una relación entre la escritura de poemas y la búsqueda de un acceso al presente y búsqueda de la Modernidad. De este modo, se refiere a la Modernidad y a la dificultad para definir el término, pues es relativo en una perspectiva histórica; así, lo considera desde el punto de vista de la poesía y en la reflexión original de Baudelaire, quien la percibió en un carácter temporal inasible; además, sitúa los inicios de la preocupación por la Modernidad poética a mediados del siglo XIX y considera a su posible continuidad –la postmodernidad– como una modernidad todavía más moderna. Agrega que en Hispanoamérica la modernidad poética ha sido paralela al intento de modernización de los países y describe su evolución general y en forma distinta para los norteamericanos y los hispanoamericanos. En relación al proceso de modernización de los países hispanoamericanos, constata que México encontró la modernidad en su pasado; la Modernidad se convirtió en un descenso a los orígenes. Más adelante, relaciona la idea de la Modernidad con distintas concepciones del tiempo

a través de la historia de la Humanidad. Distingue el tiempo cíclico de los paganos; el tiempo lineal con término en la Eternidad y sin futuro de los cristianos; y el tiempo del hombre moderno, dirigido hacia el futuro mediante el proceso llamado progreso y relacionado con la idea de cambio experimentada como evolución o revolución; en su percepción, esta última concepción del tiempo también empieza a ser superada por otra. Sintetiza estas distintas concepciones del tiempo de esta manera:

“El hombre moderno se ha definido como un ser histórico. Otras sociedades prefirieron definirse por valores e ideas distintas al cambio: los griegos veneraron a la Polis y al círculo pero ignoraban el progreso, a Séneca desvelaba como a todos los estoicos, el eterno retorno. San Agustín creía que el fin del mundo era inminente, Santo Tomás construyó una escala –los grados del ser– de la criatura al Creador y así sucesivamente. Una tras otra esas ideas y creencias fueron abandonadas. Me parece que comienza a ocurrir lo mismo con la idea del Progreso y, en consecuencia, con nuestra visión del tiempo, de la historia y de nosotros mismos. Asistimos al crepúsculo del futuro. La baja de la idea de modernidad, y la boga de una noción tan dudosa como “postmodernidad”, no son fenómenos que afecten únicamente a las artes y a la literatura: vivimos la crisis de las ideas y creencias básicas que han movido a los hombres desde hace más de dos siglos”. (Paz, 1991, 9).

A continuación, resume la situación de crisis para la concepción lineal del tiempo en cuatro puntos: el fracaso de la idea de Progreso; el sufrimiento de la Humanidad y la degradación del ser humano por las guerras y otras formas de expresión en el siglo XX; la constatación de la irracionalidad de la historia; el fracaso de las teorías que pretendían conocer por adelantado el desarrollo de la Historia. Concluye esta idea interrogándose por el posible fin de la Edad Moderna, o su transformación, y para la Humanidad la realidad de una sociedad sin doctrinas metahistóricas y de absolutos no colectivos, sino privados: religiosos, filosóficos, éticos, estéticos. De esta forma, para una situación que podríamos denominar “postmoderna”, y como ausencia de doctrinas metahistóricas y la presencia de absolutos privados, postula la necesidad de soluciones parciales, limitadas y de sentido común para los problemas de la humanidad; y ante el fin de la idea de Futuro percibe el advenimiento del Presente, del hoy, y la necesidad de mantener

la mirada crítica. Hacia el final de su conferencia, define al Presente como el sitio de encuentro de los tres tiempos y el advenimiento de una Filosofía del Presente, donde la experimentación poética podría ser uno de sus fundamentos; así, define el Presente en términos poéticos, como el manantial de todas las presencias y, finalmente, sintetiza una definición del Presente señalando que éste está en el interior del hombre, como presente intacto y como simultaneidad de tiempo y espacio; es decir, como presencia.

La descripción de los ensayos de Paz confirmaría, en principio, nuestra hipótesis de considerar a la cultura chilena y su expresión más específica en literatura y poesía, como trascendentes a los límites de la cultura hispana, pues la proyección de la cultura europea a América, a través de sus lenguas ha implicado la transformación de ellas y la producción de objetos culturales que responden a condicionantes, en el caso del Castellano, que lo hacen más abierto a las influencias de otras lenguas occidentales y, por lo tanto, a sus respectivas literaturas. La proyección europea en América sigue una evolución distinta para la cultura anglosajona y la latinoamericana, debido a sus trasfondos geográficos, históricos, religiosos y culturales distintos; dentro de la misma cultura latinoamericana, la evolución de la literatura brasileña y de la hispana son diferentes; asimismo, es diferente en los países hispanos, pues, en relación a la problemática de la identidad cultural experimentada como separación, en los países con civilizaciones precolombinas desarrolladas ella se resuelve como un regreso a los orígenes y al pasado, mientras que en los países que no poseen esa antigüedad, se presenta como búsqueda de ese pasado o imaginación de él, expresada como búsqueda cosmopolita y universal, situación en la que estaría, en nuestra percepción y en la de Paz, la cultura chilena; objetivada en la recurrencia del nombre de Huidobro, en las reflexiones de Paz, como exponente de un evidente cosmopolitismo. De este modo, en lo fundamental sus ideas refuerzan la hipótesis que considera a Hispanoamérica como parte de la totalidad de la cultura occidental y no sólo de la cultura hispana.